

algunas de las examinadas, era el ver á los más pequeños reirse de las muecas grotescas y de la vergüenza de sus madres; los mayorcitos, que ya comprendían las cosas, ofendíanse por las sonrisas de los espectadores como por una afrenta. Una viejecita se desmayó. El clérigo, resbalando al saltar, cayó de rodillas. Pero no sobrevinieron más accidentes. El espectáculo acabó bien. No faltó sino la carrera en el saco.

EL SEGUNDO AÑO EN CAMINA

DÍAS OSCUROS

Cuando regresó Emilio á Camina había ya bastantes forasteros veraneando, y cada día se escuchaba un rumor nuevo, que daba la vuelta á todo el pueblo:

—La familia Borelli llegó anoche. Hoy llega la señora del ingeniero. Ya han pasado los equipajes de la casa Fiorini.

Pero con la época del veraneo pareció que empezaban para el joven las malandanzas. Una de las familias llegadas á última hora fué la de un profesor de la Universidad de Génova, quien le llamó para que repasase á su hijo que había quedado suspenso en los exámenes de grado de la escuela elemental. Había en aquella casa una señorita joven, como de diez y siete años, hermosa, y que debajo de una carita pálida y sentimental ocultaba una coquetería feroz, una monomanía invencible de tirar al blanco con sus ojos sobre el primero que llegaba, así como para ejercitarse y pasar el tiempo, seduciendo también á su víctima con un halago particular, que consistía en contener un tanto la respiración y dejar después paso á un suspiro, como si una conmoción muy honda perturbase su corazón. Esta niña comenzó de pronto á cruzar miradas y á fingir palpitaciones repentinas con el pobre Emilio Ratti, el cual, sin abrigar ilusión alguna, experimentó gran halago de su amor propio, pensando que si bien todo aquello no era en la muchacha más que un ca-

pricho, revelaba en ella un alma noble y elevada, que comprendía lo digno de su profesión y no despreciaba la modestia de su estado. Correspondió, pues, aunque con discreción suma, á las insinuaciones de la niña; aquel juego de miradas furtivas y de medias palabras duró hasta que llegaron al pueblo algunos profesores jóvenes, amigos de la familia, y un primo, teniente de carabineros, que descubrió aquella correspondencia ocular. Un día, mientras Emilio estaba explicando la lección á su discípulo, oyó al teniente que decía en la habitación inmediata:

—Pero, prima, ¿cómo, siendo tú una muchacha llena de ingenio y de instrucción, tornas al silabario?

Desde aquel día la niña no volvió á mirar al maestro. Esto hirió al joven en lo más profundo del alma; Emilio no hacía, durante días enteros, otra cosa que repetir en su mente aquellas palabras, preguntándose á sí mismo la razón que podía tener la señorita coqueta y voluble para encontrar tanta diferencia de nobleza entre el oficio de educar el corazón á los niños y el de mandar «flanco derecho» á los soldados. ¿Debía convencerse, al fin y á la postre, de que su profesión estaba en tan pobre concepto, que casi parecía vergonzosa y ridícula? Aquella herida nueva, causada á su altanería de maestro por una mujer que primero había lisonjeado precisamente aquel sentimiento, fué para Emilio tan inesperada y tan dolorosa, que ideó un pretexto para cesar en sus lecciones, y se tornó á su soledad y á su alejamiento.

Pero aquel año, para tormento de Ratti, la colonia veraniega era muy numerosa; había en Camina un diluvio de forasteros, de quienes se había apoderado furor nunca visto de cabalgatas y de fiestas; y aquel espectáculo de las manifestaciones elegantes, el rumor de los carruajes y de las voces regocijadas de señoras y de caballeros, que Emilio oía á las altas horas de la noche, mientras estudiaba en su cuarto, irritábanle más que nunca en el estado de ánimo en que á la sazón se encontraba; hacíanle que arrojase los libros contra la pared y levantaban en su corazón el odio al dinero, la rabia del proletario humillado, todos los deseos de violenta destrucción del actual orden de cosas

que lo habían atormentado muchos años antes en Garasco, y cuando se consideró ofendido por la señora Ribbani en Altarana. Pero no halló entonces en aquellos pensamientos el alivio que otras veces había encontrado; fuera de que ahora lo desanimaba la solidez aparente del edificio social, y casi lo inducía á sospechar que el estado presente del mundo era una fatalidad ó una justicia triste y cruel, cuyos motivos no se le alcanzaban, y contra la cual habría sido insensato rebelarse. Desalentado por todo esto, cesó de estudiar, rehusó algunas invitaciones para jiras, y permaneció tantos días sin salir de casa, que el cura fué á visitarlo, sospechando algo, para ver si lo animaba.

—Es menester que sepamos armonizar—le dijo con el habitual juego de sus dedos—el estudio y la distracción, la distracción y el estudio.

Pero al verlo verdaderamente triste y casi dispuesto á confiarse á él en un arranque de efusión filial, escurrió el bulto más que de prisa, dirigiéndole algunas palabras muy cariñosas desde la puerta, desde la escalera y aún desde la calle.

Solamente consiguió arrancarle de casa el señor Bruna, llevándolo una mañana para que almorzase con él y con sus sobrinos, al arrabal del Sauce. La vista de aquel curita vivaracho que corría por la huerta cogiendo tomates y lechugas, prorrumpiendo continuamente en exclamaciones alegres sobre la hermosura del día y las cien anécdotas amenas, saturadas de candorosa ingenuidad, que contó cuando estuvieron sentados todos á la mesa sencilla y aseada, divirtieron un poco á Emilio; también lo reanimó algo el compararse con aquella pobre sobrina lugareña, feíta, enferma de los ojos por el estudio excesivo, y humillada por el triste resultado de sus exámenes, para la cual Emilio, maestro habilitado, con su título, era como un sér privilegiado que hubiese llegado á la meta de toda ambición. Esto no obstante, el joven sonreía como otras veces; el señor Bruna lo echó de ver.

—Amigo Ratti—le dijo de pronto;—usted tiene un disgusto.

—¡Ah! Yo sé lo que es—dijo la criada haciendo

un guiño;—el señor maestro está triste porque se encuentra ausente la hermosa maestra.

Aludía á la señorita Pedani, que estaba de vacaciones en Turín. Ratti la habría dado de puñadas. Casi estaba para responder; pero vino á distraerlo por entonces la cara de clérigo del sobrino; éste, al oír aquella alusión á la señorita Pedani, se puso encarnado hasta lo blanco de los ojos; dióse el maestro á pensar de qué procedería aquella turbación: si de un deseo sensual de seminarista lascivo é hipócrita, ó de un amor digno y ardiente de hombre casto, que llega hasta vencerse, pero no á disimular.

Pero el señor Bruna reanudó su conversación paternalmente, mientras acompañaba á Emilio, apoyado en el brazo de éste, por un trozo de la calle:

—¡Ah! ¡Mi amiguito Ratti se nos pone melancólico! Esto me desagradó. No quiero, no quiero ver eso. Un joven como él, que posee tan buenos sentimientos, que tiene delante de sí una buena carrera y tantos y tantos niños á quienes educar y que... ya lo esperan. ¡Ah! Eso no está bien, no está bien. Es preciso que nos pongamos pronto al latín.

Y no le dejó hasta que le hubo obligado á sonreírse y á prometerle que iría una de aquellas mañanas á su casa para dar principio á las lecciones; con el «Mé-todo Nuevo», que tiene las reglas en verso.

METAMÓRFOSIS DE «LA LITERATA»

Vuelto á su antigua animadversión contra los ricos, experimentó el joven cierta complacencia maligna cuando llegó á sus oídos que la maestra señorita Gamelli, obstinándose, á pesar de cuanto había ocurrido, en mezclarse con aquella gente, continuaba devorando humillaciones. En los últimos días la maestra había exasperado más á las principales del pueblo, comenzando á tratar con predilección y con alardes á las forasteras

de Turín, como para dar á entender que éstas, mejor educadas y más cultas que las otras, eran compañeras más dignas de alternar con ella. Pero sus enemigas del pueblo no tardaron en llevar el prurito de las burlas hasta las recién venidas, las cuales, instruidas por ellas y estimuladas por el ejemplo, se apresuraron también á burlarse de la maestra, comentando y repitiendo, á espaldas suyas yaún en su cara misma, sus palabras escogidas, sus miradas al cielo y su pronunciación de mendiga. Pero como todo esto lo hacían con más gracia y mayor habilidad que las otras, la maestra, aún siendo algo suspicaz por experimentada, no lo echó de ver en los primeros días. Arrancáronla, sin embargo, de repente la venda de los ojos en una comida de campo, á la cual había sido invitada. Algunos estudiantes que desde los primeros días le hablaban en versos macarrónicos, por burlarse, pero fingiendo sincera admiración por las muestras que de vez en cuando daba ella de su ingenio, habíanla persuadido á que escribiera una poesía de circunstancias para leerla después de la comida y coronar de este modo la fiesta. La maestra no supo resistir á la tentación, escribió la poesía, y la leyó. No era realmente una poesía ridícula; pero los oyentes, que iban predispuestos á reírse con los acostumbrados chistes, sintiéronse acometidos del contagio de la hilaridad con tal prontitud y con tal violencia, que hasta los más severos y los más mirados, después de haber hecho heroicos esfuerzos hasta la mitad de la lectura, estallaron en carcajadas.

Fué aquello una escena. Casi todos, avergonzados, se apresuraron á presentar sus excusas á la maestra, y á inventar explicaciones de lo ocurrido: ni ella ni su poesía tenían nada que ver con lo de la risa; los había hecho reír la cara estúpida de uno de los comensales, que aparentaba comprender y no comprendía nada; habían sido tres ó cuatro que estaban un poco alumbrados; y así proseguían.

Pero la pobre joven quedó como herida por un rayo. Por fortuna, las fuerzas de la vanidad literaria son infinitas, y merced á esto, la jovencita recuperó sus fuerzas en pocos días; á lo cual contribuyó su buena

suerte, que, con aquel triste motivo de la poesía, la hizo hallar una amiga verdadera. Era la mujer de un alto empleado en ferrocarriles, una hermosísima joven de treinta años, llena de brío y de ingenio, que algunas veces declamaba admirablemente en el teatro de Camina; que pintaba, cantaba, daba animación y gracia á toda fiesta, y en quien se reunían, á las demás buenas cualidades dichas—que por sí solas ya son raras,—una rarísima sencillez de maneras y un exquisito sentido práctico; una señora brillante, en la cual los hábitos de la existencia animada y alegre de la sociedad elevada no habían disminuido en nada una bondad cariñosa y compasiva, que la colocaba siempre á la cabeza de toda empresa benéfica y le hacía acudir la primera al anuncio de cualquier desgracia.

Indignése con la escena de la maestra; movida por una compasión generosa que la inclinaba hacia la joven, se apresuró desde aquel momento á protegerla y á mostrarle su benevolencia. El pueblo vió con estupor que nacía en poco tiempo, entre ambas, una intimidad propia de antiguas amigas, que habría parecido jactanciosa por parte de la señora, si no hubiera sido absurda pensar que pudiese ésta hacer alguna vez una cosa cualquiera que no fuese por espontáneo impulso de su corazón. Nadie averiguó lo que la señora dijo, en su entrevista á solas, á su protegida; es lo más probable que con su tacto exquisito y con su franqueza amable lograrse hacer que comprendiera la joven los ligeros defectos que nublaban las dotes excelentes de su inteligencia y de su corazón, y quitarla, sin ofensa ni mortificación de su amor propio, aquel borrón de afectación poética y magistral, que daba motivo á epigramas y había sido la causa de todos sus disgustos.

El hecho es que, transcurrido un breve periodo de tiempo, en el cual la maestra se mostró pensativa y como evitando el trato de las gentes, observaron todos en ella un gran cambio: no más discursos pedantescos, no más flores poéticas, ni más «sensiblerías»; cesó asimismo la afectación en el modo de pronunciar; hasta desapareció de sus trajes cierto no sé qué de singular que denunciaba el concepto que la joven tenía de sí

misma. Su anterior gravedad había sido reemplazada por una naturalidad y afabilidad nuevas, casi humildes, pero sin bajeza, hasta con las señoras que la habían ofendido, como si hubiera reconocido su error del todo y hubiera comprendido que debía hacer como una segunda entrada en Camina, y comenzar una existencia nueva.

Este cambio produjo excelente efecto, porque era como una confesión que hacía la maestra de que algo había aprendido en el pueblo, y de haberse visto precisada á rendir las armas de la literatura. La protección de la señora hermosa completó la obra; la sociedad festejó á la convertida, y ésta pareció casi completamente feliz con aquello, y la alegría que demostraba al respirar aquellos aires nuevos, acabó de reconciliarla hasta con los más hostiles. Se prestó á declamar, en unión de varios aficionados, un papel modestísimo en una comedia de Gerardo de Testa, y gustó. Se negó á escribir un prólogo en verso para una representación extraordinaria, y aquello gustó más todavía. Desde entonces fué invitada siempre á todas las jiras y á todas las reuniones, y hasta era deseada en ellas. La maestra asistió á todas, y se divirtió mucho más que antes. Pero colocada ya en esta pendiente, su metamorfosis fué más allá del límite en que debería haberse detenido. Como había renunciado á la ambición de brillar en primer término por el ingenio y por la cultura, deduciase lógicamente que la joven buscaría para su amor propio satisfacciones de otro género, y así sucedió en efecto. Caída la literata, se levantó la mujer. Comenzó, no rechazando, como hacía al principio, con la austeridad de una musa virgen, esa especie de galanteo festivo que generalmente se tributa á todas las señoras en las fiestas del campo; no se mostró ofendida por las declaraciones de mal gusto; no volvió hacia otro lado la cabeza, demostrando repugnancia, al oír las conversaciones libres que solían tocarse después de las comidas. Primeramente sonrió á hurtadillas, después sonrió francamente; por último, se rió á carcajadas, como otras muchas, de las bromas burdas que decían ó hacían los hombres algo exaltados por el vino, corriendo en montón por los jardines ó

por las faldas de las colinas, y que precisamente con motivo de su fama de sentimentalismo poético se dirigían muy especialmente á la joven, como si todos experimentasen un gusto más exquisito en bromear con la maestra. Esta se acostumbró poco á poco á las sorpresas de las expediciones de bracero, á los apretones de manos, sostenidos todo lo posible, á los contactos «casuales» ó buscados, á las declaraciones de amor lanzadas á quemarropa, en ese tono medio serio y medio jocosos que quita á la mujer el derecho de ofenderse y deja libre el camino para la retirada; y de concesión en concesión, llegó hasta tolerar que bromeasen, en presencia suya, acerca de aquel accidente que sobrevino á una de sus discípulas, que tanto la turbó en los primeros días. Al cabo de dos meses de aquella vida, era otra; el pueblo la había domado y vuelto á moldear á su manera.

Emilio, estupefacto, la vió algunas veces, ya de noche, regresar de las romerías á santuarios de los alrededores en medio de multitud de señoras y de caballeros, que llevaban en los sombreros flores, y cantaban: una noche, apoyándose en el brazo de un militar; otra vez, entre dos estudiantes, risueña, con el rostro encendido y con una rosa en el pecho. Y como con aquellos modales más sueltos, con aquel rostro coloreado al aire libre, con los ojos animados por pensamientos nuevos, había adquirido la muchacha algo de más femenino, algo de suave y tibio, que antes la faltaba, Ratti, predispuerto al amor por la tristeza de su soledad, comenzó á sentirse impulsado hacia ella, no sólo por las simpatías, sino por cierta picazón de celos de los hombres que la rodeaban; por la sospecha de que se había hecho demasiado diferente de lo que antes era; por esa curiosidad del misterio que inspiran siempre las personas en quienes se ha verificado un cambio completo.

Durante algún tiempo, Emilio había sido tenido como amante de la maestra; esta idea le estimulaba. No tenía ocasión alguna para hablarla, y esta dificultad era poderoso acicate del deseo. La señorita Pedani estaba ausente, y hasta el no tener aquel contrapeso contribuía á enamorar más á Emilio. Su pasión, casi

apagada, tornó á encenderse. Mirábala á hurtadillas; seguía algunas veces desde lejos; estaba deseando que la colonia veraniega se ausentase para poder acercarse á su compañera. Parecíale que sería más fácil, una vez libre, el pueblo de los forasteros, despertar en la joven aquel sentimiento de benevolencia que le había impulsado, algunos meses antes, á pedirle consejo.

Cuando llegó el otoño; cuando el pueblo recobró su tranquilidad ordinaria, en una noche de luna, en que Emilio sentía más que nunca el peso de su soledad y el ardor de sus veintitrés años, escribió una declaración de amor en endecasílabos, y la entregó á la maestra al día siguiente, diciendo:

—Un día ha pedido usted mi opinión acerca de un soneto suyo; hágame usted el favor de decirme la suya acerca de estos versos libres.

Aquella misma noche, al volver á verle, la maestra puso un papel en manos de Emilio. Este creyó que era la respuesta. Pero se quedó más frío que la nieve cuando le dijo su compañera:

—Tome usted otra vez sus versos. Ya no gusto de la poesía; me ha ocasionado muchos sinsabores. Hágame usted el favor de hablarme en prosa cuando tenga que decirme algo... relativo á la escuela.

LA ESCUELA EN EL TEATRO

Estaba escrito: no tenía fortuna con las maestras. Pero la pasión por la escuela que renació en él al reanudarse las lecciones, arrojó como un huracán los tibios residuos de la otra, y el maestro tornó á dedicarse en todo y por todo á sus alumnos.

Una novedad desagradable vino, sin embargo, á interrumpirle. Como el Ayuntamiento, por ciertas razones suyas, había determinado instalar al juez en la Casa Consistorial, y precisamente en el salón donde se hallaba la escuela, que había de dividirse por medio de

un tabique; y como aún no estuviere arreglado un nuevo local que pensaban tomar en alquiler, el alcalde ordenó que la clase de Ratti se trasladase provisionalmente al teatro. Los alumnos se regocijaron, pero el maestro tuvo un verdadero disgusto, porque el teatro estaba húmedo, y por añadidura muy mal alumbrado por dos ventanas con alambra y reja de hierro, colocadas debajo del paraíso; además de esto, como el maestro había de estar en el escenario, con su mesa colocada delante de la concha del apuntador, y los discípulos en el patio, bajo el antepecho de las galerías, la vigilancia era muy difícil, y la voz, aún estando el telón caído, se perdía. Después, y aunque el local era triste como un sepulcro, parecía que los niños, porque era teatro, se creían con derecho á manifestarse alegres y á charlar, durante la lección, de los espectáculos que allí habían visto. El maestro elevó sus quejas al alcalde, el cual se contentó con responder que era muy descontentadizo, y dijo también:

—Aquí ha pronunciado un discurso el diputado; bien puede usted dar aquí sus lecciones.

Hubo de resignarse. Para dar al sitio algunas apariencias de escuela, en el antepecho de la galería y frente al escenario, se colocó un retrato del Rey.

El cura indicó la conveniencia de que también se pusiese allí un crucifijo, y envió uno negro y enorme, que fué colgado por una cuerda del arquitrabe del proscenio; pero como hubiese venido á caer hacia el medio del telón y se cruzase con el cuerpo de una gran ninfa casi desnuda, que había pintada con algunas otras de colores muy llamativos, los niños lo echaban á chacota; y cuando lo supo el delegado, mandó que quitasen el Cristo de allí y lo colocasen en una pared lateral. El pobre maestro se vió precisado á explicar «en escena» todo Enero. En este mes se celebraban en el teatro bailes nocturnos, y al entrar allí por la mañana á la hora de la clase, hallábanlo todo sembrado de cáscaras de naranja, de papeles de caramelos, que lamían los chiquillos; y aquella atmósfera en que aún se respiraba el olor de la multitud acalorada y de los manjares de las cenas, turbábalo y lo humillaba. Muy oportunamente para animarlo un poco,

se le anunció que la distribución de premios se verificaría el día 1.º de Febrero, y que él estaba encargado de pronunciar un discurso.

El alcalde tenía, por costumbre inveterada, tal odio á esa solemnidad, que nunca se presentaba en ella; pero aquel año se había decidido á anticiparla y á intervenir en la fiesta, por celos que le había inspirado una pomposa descripción publicada en «El Pueblo», de un nuevo arranque magnífico del alcalde de Stazzella, el cual había preparado la distribución de premios en un espacioso invernadero, cubierto de cristales, que tenía en su jardín; en medio de una profusión de flores y de plantas exóticas, verdaderamente regias, y de las cuales el corresponsal decía maravillas.

—El ha dispuesto la fiesta en una «estufa»—dijo el señor Lorsa;—yo la haré en un teatro. Era una cosa original: en Stazzella no tenían teatro.

El mismo alcalde repartió para premios muchos libros que su adversario el Conde había regalado al Ayuntamiento; entre esos libros había una «Historia de los Cien años», de Rovani, lujosamente encuadrada; de esta obra, sin saber lo que era, destinó el alcalde el tomo primero al primer alumno premiado de tercera, y el otro tomo al segundo. Invitó además á todas las autoridades, y á muchos amigos hasta de pueblos apartados. Pero asistieron muy pocos de éstos, porque en aquellos días había caído una gran nevada. Eso no obstante, como aquella era la primera vez que leía un discurso en público, Emilio subió al escenario excesivamente conmovido. Había emborronado unas quince páginas sobre «La importancia de la educación», en gran parte con reminiscencias de lecturas, pero caldeadas por un vivo sentimiento del asunto, animadas con algunas imágenes hermosas, y expuestas con un desorden vivaz y movido, en el que se sentía palpitar el alma del joven; solamente que para el auditorio al que se dirigía, tocaba tal vez con demasiada fuerza en su discurso, el registro de la amabilidad y del cariño. Y leyó con tal turbación de ánimo, que no pudo reconocer, levantando de cuando en cuando la vista del escrito, á las pocas señoras que habían concurrido; vió apenas en la penumbra al hijo del dele-

gado, que lo escuchó sin moverse, la cabeza blanca del señor Bruna, el sombrerito de la señorita Pedani, detrás de la cual, un poco al lado, movía los ojos y se trituraba los mostachos el jefe de los carabineros. El joven leyó, á pesar de todo, con el acento claro del corazón, y produjo un efecto inusitado en aquellas gentes habituadas á escuchar discursos vacíos, escritos por compromiso y leídos sin vida. Al terminar fué muy aplaudido y mereció algunos elogios del señor cura, que, después de Emilio, pronunció muy pocas palabras. Á la salida recibió también muchas felicitaciones de los concejales y de los padres de sus alumnos, entre las que le satisfizo de veras la del guarda rural, que le estrechó vigorosamente la mano. Pero tuvo también sus amargas. La maestra señorita Gamelli le saludó con cierto aire de benevolente indulgencia, que denunciaba un tanto de envidia literaria. La señorita Pedani, á quien las ternezas agradaban poco, fué franca:

—Mil parabienes—le dijo al pasar cerca de él;—pero... ¿sabe usted?... Usted y yo somos los antípodas.

Y el alcalde, á quien, durante la lectura del discurso, había hablado frecuentemente al oído el delegado, le gruñó:

—Bien, bien...; pero no tanto azúcar, se lo aconsejo. Sus queridos niños me han ensuciado las tapias con todo género de palabrotas indecentes.

LA MUJER DEL DELEGADO

Las notas ingratas, no obstante, desaparecieron entre las felicitaciones. Emilio quedó sorprendido, cuando estuvo solo en la calle, viendo que se le acercaba la mujer del delegado, llevando de la mano al niño, que había obtenido un premio. Esta señora no había ido ni una sola vez en todo el año, á pedir noticias de su hijo, y había mirado al maestro, no ya sólo

con indiferencia, sino con antipatía, sobre todo después de aquella conversación con la señorita Gamelli, que había sorprendido desde la ventana. En cambio se acercaba á él con rostro placentero, y comenzó con gran efusión á darle plácemes y enhorabuenas por su discurso, en el que había encontrado «talento y corazón, mucho corazón». Estaba aún conmovida. Participaba de esas mismas ideas acerca de la educación, que debía ser toda bondad, paciencia, sacrificio. Dióle después las más expresivas gracias, un poco tarde en realidad, por la benevolencia que había demostrado siempre á su hijo; el cual, en casa, no sabía hablar sino del maestro.

—Un maestro de «corazón», he aquí lo que he deseado siempre para mi pobre criatura. Y usted en su discurso ha demostrado un «gran corazón».

El maestro, al oír tanto «corazón», y al contemplar aquella mano corta y regordeta, que se movía como si echase bendiciones, no hacía más que pensar en una horrible tremolina que tres días antes se había armado en la mesa entre la mujer y el marido, en la cual primeramente se habían tirado á la cabeza los huevos duros y el pan, y después se habían amenazado con el cucharón y con el trinchante, haciendo acudir á medio pueblo. Y no acertaba á responder, molesto también por no sé qué cosa de repugnante que exhalaba de sus cabellos, en los cuales sobraba pomada, de su semblante atrevido y duro, de toda su persona, baja y tosca; la tal señora del delegado procuraba disimular sus cuarenta años muy cumplidos con ciertos gestos de muchacha, que, por lo afectados, estomagaban. Sintió el maestro una sospecha molesta y vaga de haber tocado con su discurso la fibra sensible á través de aquel espeso colchón de manteca, sobre el cual resultaban completamente inofensivos los proyectiles multiformes del esposo. Correspondió, pues, muy fríamente, sin mover la mano, á los repetidos apretones con que ella se despidió, clavando en los ojos del joven una dulce mirada. Preocupado con esa idea, hizo poco asunto de las primeras palabras de Reale, que le increpó un momento después porque en el discurso no había dicho una palabra de la «clase».

—¡Por Dios!—decía;—conviene aprovechar las ocasiones para hacerse oír. El año pasado dije al Gobierno mil insultos. El jefe de los carabineros estaba verde.

Después, cambiando repentinamente de entonación y haciendo un guiño, dijo á Emilio:

—A propósito: te he visto con la mujer del delegado. ¡Mucho ojo, compañero! Esa señora tiene una debilidad particular por «los peones de la civilización». Tu antecesor tuvo, por esta causa, quebraderos de cabeza. Como asimismo el que estuvo antes que él. El marido está celoso como un turco de toda la «clase». Lo mismo es ver á un maestro, que parecerle como si sintiera algo duro que le brotaba del cráneo.

Ratti se rió.

—¡Vive alerta!—repitió el otro alejándose.

APROCHES

Emilio no volvió á pensar en aquello. Su clase, con gran contentamiento del maestro, fué quitada del teatro; si bien, desgraciadamente, no para estar mucho mejor; fué trasladada á un cuartito de cierto piso bajo de la casa de un médico militar, ya viejo y jubilado; el propietario necesitaba atravesar la escuela para entrar en su despachillo, en el que pasaba gran parte del día disecando animales; de manera que de cuando en cuando se asomaba á la puerta diciendo: «Con permiso de ustedes, señores», con cualquier pajarillo ó mamífero en la mano, con lo cual distraía á los alumnos. Esto no obstante, el joven prefería aquella especie de cuarto de posada bien alumbrado, al barracón obscuro del teatro, donde siempre le había parecido que estaba declamando. Pero, con gran disgusto suyo, las predicciones de su compañero tardaron muy poco en confirmarse. La mujer del delegado se presentó un día, á la hora de salir, á pedirle informes de su hijo,

y volvió, con pretextos varios, ya para oír algunas aclaraciones con respecto al trabajo, ya para pedir consejos acerca de los libros de lectura que había de comprar, ó bien relativamente á la continuación de los estudios. Siempre acompañaba al maestro por un buen trecho de calle. Pero la conversación cambiaba muy pronto de tema. Hablaba la señora sobre las bellezas del campo, sobre la melancolía que llevaban á su espíritu los días oscuros; preguntábale si no le entristecía la vida solitaria del pueblo; enterábase de su familia, y solía enternecerse oyéndole hablar de sus hermanillos. Para engañar á los transeúntes, hablaba muy de prisa, con ademanes de persona preocupada; ademanes que no se armonizaban con la significación de sus palabras, pero con los que hacía creer que hablaba de asuntos de importancia, ó trataba cosas de gravedad relativamente á su hijo. Al tercer día de aquellos acompañamientos echó de ver Emilio una especie de contracción habitual en aquella señora, y que consistía en estrecharle la mano, diciéndole: «oiga usted», como si se tratase solamente de llamar su atención. Al cuarto día, la sospecha que había cruzado por su imaginación en el día de los premios, se convirtió en certidumbre. Esto le disgustó lo que no es decible, hasta por respeto á aquel excelente niño, al cual tan largas conversaciones y la familiaridad creciente de su madre con él, debían de empezar ya á parecer extrañas. Habría despedida resueltamente, si hubiera encontrado la manera de hacerlo sin proceder con grosería imperdonable. Pero todavía se disgustó más cuando notó que todas las mañanas en que la señora aquella le visitaba, simultáneamente ó poco después, ya en el extremo de la calle, ya en la embocadura de la plaza, ó á la ventana del café, ó á la vuelta de una esquina, veía al delegado; pero siempre de perfil ó de espaldas, entrando ó saliendo por una puerta, como si tratase de no ser visto ó de aparentar que había ido allí para asuntos suyos.

Cierto día en que lo halló frente á frente y lo saludó él inclinando la cabeza sin mirarle, como hacía con todos, dirigióle un saludo, quitándose exageradamente el sombrero, y aún le pareció al joven que

temblaba su mano. Esto le dió mucho en qué pensar... No sabía qué resolver, y habríase alegrado mucho de pedir un consejo á cualquiera... cuando un suceso imprevisto le libró de aquel embarazo: murió en Turin una hermana de aquella buena señora; ésta hubo de partir de pronto, y durante un mes no volvió á verla.

AVES DE PASO

Tuvo Emilio un hermoso mes de Febrero, sin nieve, casi tibio, amenizado por algunos sucesos sin importancia, que en la vida igual que vivía, dió pasto á su imaginación y materia para sus meditaciones. Pasó una vez por Camina una maestra muy vieja, encorvada, casi andrajosa, que iba en peregrinación, de pueblo en pueblo, para solicitar algunas monedas de sus compañeros, á quienes mostraba su título, certificaciones de alcaldes y otros papeles, y les decía que había perdido su salud en una aldeíta de la Italia meridional, explicando en una habitación húmeda, hasta el extremo de que los sapos saltaban entre los pies de las alumnas; dirigiáse á Turin, donde la señora Malfatti estaba preparando una función teatral de aficionados á beneficio de la infeliz maestra. Los profesores de Camina echaron un guante para ella; el guante produjo muy poco, porque el año anterior había pasado otra; la anciana se fué con aquello poco. El señor Reale, en vez de darle dinero, le regaló un bastón, y la acompañó, completamente borracho, por medio de la calle, dándose aires de caballero de la desgracia, y maldiciendo de todos los ministros; en la hostería pronunció aquella noche un discurso. Pocos días después, un domingo, alegró al pueblo una visita del colegio conventual de Pennaro, que daba un paseo de resistencia, dirigido por los profesores y por un maestro de gimnasia, ya viejo; éste los hizo desfilar á la carrera en la plaza, á la vista de la señorita Pedani,

á quien vió el joven por primera vez resplandeciente de entusiasmo, con los ojos muy abiertos, la nariz dilatada como una generala que presenciara el desfile de su ejército. Por fin, en el día último del mes, llegó á parar á la posada del «Sombrero gris» un matrimonio de profesores, que dió mucho que hablar en el pueblo durante algún tiempo. Eran una maestra y un maestro de Stazzella, recién casados, que habían ido á Camina para dar un paseo de novios; allí se decidieron á visitar á sus compañeros, y les invitaron á tomar café en su mesa. Ambos tendrían unos treinta años; dos semblantes de «parias del abecedario», risueños y satisfechos, y en los cuales no se vislumbraba ni aún el recuerdo de las desdichas y de los afanes pasados. Refirieron en parte, y en parte dejaron adivinar, su historia.

Habiales inducido á casarse el alcalde, acaso para legitimar una correspondencia amorosa que empezaba á dar mal ejemplo á la generación que crecía. Elogiaron al alcalde, cual una maravilla de las escuelas. Tenían una casita para ellos solos, con jardín. De regreso de su viaje de novios habían sido recibidos á la puerta de Stazzella bajo un arco de follaje y con disparos de cohetes. El alcalde había puesto á disposición de todos los maestros del pueblo su biblioteca particular, de tres mil volúmenes. El Ayuntamiento los haría ir, con cargo al tesoro municipal, á la próxima Exposición pedagógica de Milán. Para concluir, habían encontrado el Eldorado de los maestros. Partieron, dejando en sus compañeros de Camina un sentimiento complejo, que se componía de complacencia, de envidia y de buenas esperanzas: algún mal intencionado de entre éstos habló al señor Lorsa de aquella visita de los dos afortunados cónyuges. El señor Lorsa replicó desdeñoso:

—A tal alcalde, cuales maestros; un hato de «pendis» que darán con esos posaderos en tierra todos juntos.

EL ASALTO

El 1.º de Marzo regresó de Turín la mujer del delegado, vestida de luto, y en seguida volvió á perseguir al maestro, todavía más pegajosa y más patética que antes, porque agregaba al sentimiento propio la tristeza del dolor nuevo, ya fuese real ó fingido, y quería compensar en parte el mes perdido. Una mañana preguntó á Emilio si, en caso de necesidad, podría ir á su casa, para repasar al niño y prepararle á sufrir el examen del Instituto. Previó el joven en esta pregunta que aquella señora, un día ú otro, se le declararía de modo que no le dejase escapatoria posible, y se preguntó á sí mismo, con viva inquietud, cómo podría salir de aquel aprieto sin ofender mortalmente á la señora y sin hacer tampoco un papel ridículo; porque en el pensamiento de tener con ella una intriga, ni se detenía siquiera, pues juntamente se rebelaban de un modo invencible contra eso, su conciencia, su corazón y sus sentidos. Pero, con gran extrañeza suya, los días pasaban y la declaración no venía; sus conversaciones y hasta sus ademanes hacían sospechar siempre que el momento se acercaba; pero en los labios se detenía siempre. De modo fué, que el maestro acabó por sospechar que la señora deseaba continuar así por capricho, en los límites de una amistad sentimental, compuesta de imaginación erótica y de ternura maternal, ó tal vez (y esto le parecía más probable) que se condujese ostensiblemente ella de aquel modo para avergonzar á su marido con el espectáculo de un «coronamiento» público.

Se ratificó Emilio en esta segunda sospecha cuando supo que los odios entre marido y mujer se habían aumentado más y más, después del fallecimiento de la hermana de Turín, que había dejado á la mujer una herencia de poca importancia, y el marido la acusaba de haber sustraído y ocultado documentos al portador,

de la fallecida: vinieron de aquí riñas abominables y peleas feroces. Hasta cierta mañana fué á la escuela con un ojo medio estropeado, y también se aprovechó de esto para dar una expresión más dulcemente lánguida á su mirada.

Entonces el maestro, no dudando ya de que solamente estaba sirviendo para una venganza aparente, se tranquilizó un poco. Pero no por esto dejaba de molestarlo aquel galanteo jactancioso, porque ya mucha gente del pueblo les miraba con aires de burla, y la señorita Gamelli, entre otras, ofendida al verlo con tal intimidación unido á su enemiga más encarnizada, dirigiale, cuando pasaba á su lado, sin mirarlo siquiera, una sonrisa de desdén manifiesto.

Por último, un día, algunas palabras del señor Reale dieron á Emilio el último golpe.

—¿Es decir—le preguntó al verlo,—que el hierro se calienta?

De nada sirvió que Ratti lo negase resueltamente.

—Vive apercebido—le dijo con su guiño habitual,—porque el hombre es vengativo y te preparará alguna traición.

Y agregó, acercándosele más, y echándole á las narices una tufarada de aguardiente:

—¿Quieres oír un consejo de amigo? Abandona eso; todo el pueblo habla de ello.

Al oír esta noticia, sintióse el joven acometido de un impulso de cólera contra el marido, contra la mujer y contra su suerte maldita, que no le dejaba estar bien en ninguna parte, y decidió cantar muy claro á la señora, en la primera ocasión; de romper, en fin, si era necesario, groseramente, cualesquiera que pudiesen ser las consecuencias. Firme en esta resolución, pensó durante dos ó tres días el procedimiento y hasta las palabras que había de emplear, y en la tarde de un jueves, viendo á la señora, como de costumbre, en la puerta de su huertecillo, donde parecía que lo esperaba, dirigióse á ella en derechura con el propósito de decirle cuántas son cinco. Pero las primeras palabras que ella pronunció le desarmaron. Salió á su encuentro con el rostro turbado, diciéndole:

—Salga usted un momento, señor maestro. El niño

está enfermo. Estoy verdaderamente apurada. ¡Le complacería tanto el ver á usted! ¡No se sabe qué tiene, Dios mío!

Como Emilio quería muy de veras al niño, no vaciló en salir inmediatamente, impulsándole al mismo tiempo la creencia de que al verlo entrar tan francamente en su casa, disminuirían las sospechas del marido. Al entrar preguntó por él; había partido para Turín á evacuar un asunto aquella misma mañana á las seis. Esta circunstancia le disgustó. Atravesaron dos habitaciones, y entraron en el cuarto del chico, que le saludó sonriéndose, y se apresuró á sentarse en la cama. Emilio quedó estupefacto. Aunque no poseía lo que suele llamarse ojo médico, echó de ver desde luego que su discípulo no tenía más que un ligero resfriado; su mirada era clara, sana la color, la voz llena; desde las primeras palabras comprendió que por su gusto se habría levantado; por la mente del joven cruzó la sospecha de que la madre había hecho al niño guardar cama á viva fuerza, para sus fines particulares. Turbado, balbuceó algunas palabras, impaciente por salir de allí. Pero no parecía sino que la vista del enfermito había aumentado los afanes de la señora. Cuando estuvieron en la otra habitación, exhaló un gran sollozo, y le dijo:

—¡Ah, querido maestro! Dígame usted, por Dios, que no será nada.

Y diciendo y haciendo, le echó al cuello los brazos y dejó caer con languidez su cabeza sobre el pecho del joven. Aquel engaño, aquella desfachatez, el pensar en el niño que estaba inmediato, aquella cabeza rebosando pomada, y aquella gordura blanda trastornaron su alma y sus sentidos en tales términos y con violencia tal, que faltó muy poco para que la rechazase violentamente; separó las manos de sus hombros con desabrimiento, y dando un paso atrás, le dijo sin mirarla:

—¡Pero si no es nada! ¿Por qué quiere usted apurarse?

Una oleada de sangre subió á la cabeza de aquella mujer, pero consiguió dominarla, y fingiendo sorpren-

derse y encolerizarse porque se había interpretado mal su acción, le dijo, descompuesto el rostro de rabia:

—¡No me quedaba más que ver! ¿Qué es lo que usted ha creído, impertinente... imbécil?

Y tendió su brazo para señalar al maestro la puerta; pero el maestro ya la había tomado.

ENTUSIASMO NUEVO

Emilio salió de allí turbado porque preveía una guerra sin cuartel por parte de la señora; pero al propio tiempo experimentó gran alivio por haberse librado de una esclavitud vergonzosa. En resumidas cuentas, no había para librarse más camino que aquél, el cual seguramente hubiese ofendido del mismo modo á la señora aunque hubiese sido menos áspero y aunque para evitarse disgustos con ella se hubiera resignado á una relación que le repugnaba, habría acabado por atraerse otros disgustos peores aún con el marido. Por consiguiente, no había que pensar más en eso. La señora no volvió á la escuela, y pasó al lado del joven estremeciéndose y sin saludarlo; y con la terminación de sus conversaciones por la calle cesó la vigilancia pública del delegado. Pero ora porque éste hubiese tenido noticia de la entrada del maestro en su casa durante su ausencia, ora porque el haber cesado los encuentros públicos entre el maestro y su mujer le hiciese concebir sospechas de un concertado comercio clandestino, la verdad es que, lejos de tranquilizarse, pareció más arisco, evitó las miradas de Emilio con más aversión que antes, y le devolvió sus saludos con la mano más temblorosa que nunca. De todas suertes, habiendo terminado todo entre ella y él, pensó el maestro que tarde ó temprano el marido acabaría por sosegar, y se consagró con nuevo ardor á su escuela.

En aquellos días, habíase conmovido mucho con la lectura de una traducción muy mala de Leonardo y

Gertrudis», de Pestalozzi, que el señor Bruna le había prestado, y de un tomo de «Nuestros hijos», de Legouvé. De ambos libros había tomado ideas, afectos, procedimientos nuevos de enseñanza moral que estaba experimentando en su clase. Además había obtenido del conde, fundador del teatro, que le prestase una á una las conocidísimas estampas iluminadas de Grimaldi, que representan actos de valor del 48 y del 49, y cuya colección completa tenía en sendos cuadros; y una vez á la semana llevaba Emilio un cuadro á la escuela, y echaba de ver, con vivísima satisfacción, que la relación hecha por él de aquellos actos heroicos, ayudada por aquellas imágenes llenas de vida y de vigor, producía gran efecto en el ánimo de los niños, los cuales, después de la lección, hablaban de ello, repetían los nombres, se ingeniaban de varios modos para reproducir las escenas, y llegaban á reproducirlas, no sin claridad y vehemencia. Advirtió que era un castigo eficacísimo, cuando un alumno cometía una falta ó realizaba una acción innoble ó fea, despedirlo de la escuela antes de descubrir el nuevo cuadro, diciéndole:

—No eres digno de verlo.

El marcharse de esa manera cuando los otros se disponían con viva curiosidad á ver y á oír, era, aún para los más indiferentes, un verdadero dolor; y casi siempre, terminada la lección, el castigado se acercaba á suplicarle humildemente que le dejase ver el cuadro para hacer la composición sobre aquel tema lo mismo que sus discípulos.

Uno de los más apasionados de estas lecciones era el hijo del delegado, que, como ignoraba todo lo acaecido, en nada había variado sus maneras respetuosas y llenas de cariño después de las escenas pasadas. También se le había revelado otro hermoso carácter en el hijo del registrador, un guapo muchacho que parecía tener la inteligencia como detenida por un impedimento pasajero, y que se dolía y se irritaba por no comprender pronto ciertas cosas y por no tener siempre la respuesta á punto y la memoria clara. Y tenía también su orgullo; hasta el extremo de haber estado en una ocasión enfadado más de dos meses

con el maestro porque éste, en un arranque de impaciencia, le había dicho un día: «Contigo es perder el tiempo.» Cuando hubo conocido mejor su índole, comenzó Emilio á tratarlo con más especial miramiento, á prepararle preguntas en que se incluyese casi la respuesta, á proporcionarle de cuando en cuando satisfacciones de amor propio, y puede decirse que casi le había abierto la inteligencia de tal modo, y le había cobrado tal afecto, que ahora, siempre que podía, el niño le acompañaba por la calle, pero con un aire singular, casi cómico, de gravedad, como de igual á igual, hablando muy poco y no manifestando sino por llamaradas en los ojos su agradecimiento. Desde entonces, animado por algunos resultados excelentes, había consagrado Emilio gran amor al estudio de los caracteres, y aún fuera de la escuela casi no pensaba en otra cosa; tornaba á escribir, como en otro tiempo, acotaciones y notas acerca de cada alumno; llegaba hasta prepararse de memoria las palabras más eficaces para dirigir reprensiones graves á los peores; buscaba antes con sumo cuidado qué camino debería emprender, si existía una persona ó un suceso alegre ó triste en la familia de los alumnos á que pudiera él acudir con provecho para llegar á su corazón. Con los indomables probaba, fingiendo que no se cuidaba de ellos, no mirándoles en muchos días ni aún á hurtadillas como si su sitio estuviese desocupado, señalando alguna vez hacia ellos con tristeza, como si hubiesen muerto, y de este modo conseguía alguna vez un principio de arrepentimiento. Precisamente aquel afecto, aquella certeza que tenía de llevar la bondad hasta sus últimos límites y de llenar las funciones de su cargo con todas las fuerzas del alma, notaba el joven que daban después una autoridad extraordinaria á su indignación cuando ésta era provocada por el abuso de algunos muchachos perversos, pocos en número, porque en las palabras elocuentes que aquella indignación le arrancaba, veían los niños la conciencia del maestro ofendida y un dolor verdadero; siendo así que en los periodos en que había enseñado de mala gana y sin el corazón, recordaba Emilio perfectamente que, en vez de «indignarse» con provecho, se «enfurecía» sin fruto,

sintiéndose más mortificado que ofendido por las faltas, porque en ellas adivinaba más impertinencia que injusticia. Pasaba de este modo días de trabajo fervorosos y felices, pasados los cuales, al sentarse á la mesa delante de su modesta comida, parecía que Faustina Galli llegaba á darle palmadas en el hombro y experimentaba gran placer en repetirse á sí mismo: —¡Tengo veintisiete años!

MALOS INDICIOS

Aquella hermosa tranquilidad veíase, no obstante, algo turbada fuera de la escuela. Por ciertos indicios sospechaba el joven que el delegado urdía contra él una maquinación sorda. Sorprendía algunas veces al alcalde dirigiéndole miradas extrañas, como de quien estuviese dando vueltas en su cabeza á cosas que otros le hubieran dicho acerca de él, y quisiese hacer comparaciones entre el retrato moral y el original físico. No temía Emilio al alcalde por el alcalde mismo, sino al hombre de los cabellos rojos y de las gafas relucientes, aquel miserable Rodín de aldea, amarillo, canoso y embustero, que pasaba la mayor parte del día sentado en un ángulo de su huerto como empollando la bilis que lo consumía, y produciendo allí, en aquel fondo verde, la sombra inmóvil y siniestra de un muerto de apoplejía al que aún no hubiese visto la familia. ¿En qué podía pensar en aquellas largas horas de tétrica inercia, sino en hacer daño á alguien? Pero el joven se tranquilizaba porque no podía encontrar el pretexto para que le perjudicase. ¿Por su excesiva indulgencia en la escuela? Nadie podía negar que mantenía el orden y la disciplina. ¿Por los malos resultados de la enseñanza? El joven estaba seguro en ese terreno. ¿Por su conducta privada? Aunque no vivía como San Antonio, nunca había dado ni una sombra de escándalo. Sin embargo, advertía malos indicios.

Un día, después de haber salido los escolares, como oyese que alguien detenía el paso delante de la puerta, en tanto que él daba una reprimenda á un niño á quien había detenido adrede en la escuela, asomóse apresuradamente á la ventana y vió en la calle la espalda encorvada del delegado que se alejaba; se había detenido para escuchar. Otro día vió aparecer al alcalde en el momento de la salida de clase, como si hubiese ido á vigilar. ¿Para vigilar qué? ¿Si los alumnos salían con orden y compostura? Aquella era la primera vez que lo hacía; debía de haberlo impulsado á ello el delegado, diciéndole tal vez que la salida se verificaba de una manera tumultuosa. Por último, una mañana en que Emilio había ido á la escuela con media hora de anticipación para bosquejar un mapa en la pizarra, antes de que entrasen los niños, llegó el alcalde y se asomó á la puerta, como para ver si el maestro estaba solo; en la calle esperaba el delegado. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué no se hacía lo mismo con el maestro señor Reale? Precisamente á éste pensó preguntar con detenimiento si sabía de algo que contra él se maquinase, ó, que sobre su persona se dijese, y con tal propósito lo abordó por la noche cuando, estando bebido, era más fácil hacerle hablar. Pero aquel zorro, que alguna cosa debía de saber, pero que en los asuntos graves estaba siempre al lado de la autoridad, se guardó muy bien de enterar de nada á su compañero.

—¿Qué sé yo?—respondió moviendo la cabeza.—Yo pienso en cosas completamente distintas.

Y se disparó contra el diputado del distrito, que tres días antes había pronunciado un discurso en favor de las Universidades é Institutos, faltando á su palabra de sostener la causa de los maestros. El ¡vive Dios! no le daría su voto en las nuevas elecciones.—¡Siempre están á vueltas con esas Universidades dichosas!—terminó.—Pero la escuela elemental es «la Universidad del pueblo» y es la más difícil de todas las escuelas. Celebraría yo verlos á ellos, á los catedráticos universitarios, delante de cuarenta chicos, con todo su *scibile*. Gente más que pagada para sembrar viento. Y nosotros ponemos aquí toda nuestra alma. ¡Infamias!

Ratti no pudo arrancarle nada más, y se propuso no pensar más en ello.

PRIMAVERA

Entre tanto había llegado la primavera, esa primavera regocijada de la Italia Septentrional, á la que uno de los más sabios amantes de la belleza ha llamado primavera más bella del mundo; un despertar triunfante de la naturaleza, parecido á la alegría de una mujer que se desprende de los brazos del querido viejo para arrojarle en los del hombre de veinte años á quien adora. En el alma de Emilio Ratti reverdecían también todos los afectos, como si en su corazón penetrase una segunda adolescencia. Del jardinillo del médico militar jubilado llegaban á la escuela perfumes de las rosas silvestres, y desde una ventanilla veía el maestro las nevadas montañas de su pueblo natal, que evocaban recuerdos de los primeros años. Tenía momentos casi de embriaguez, de cariño y entonces contemplaba en todos los muchachos á sus hermanillos, tales cuales eran en aquellos días terribles de escaseces y de abandono, y casi experimentaba una necesidad de acariciarlos. No necesitaba combatir la predilección instintiva que solía aproximarle á los más aseados y de aspecto más agradable; su mano se posaba espontánea y naturalmente sobre los trajes más burdos y destrozados, sobre las cabezas de los niños algo ridículos, en las frentes en que eran más visibles las huellas de los disgustos y de las enfermedades y casi del desdén de la naturaleza. Entonces las horas de escuela no le bastaban. Donde quiera que andando por el campo encontraba á uno de sus discípulos, le acompañaba ó le hacía sentarse delante de él, y le enseñaba algo, ya razonando, ya jugando con el muchacho. Como hubiese dicho en la escuela que quien necesitase alguna explicación ó repaso podía ir libre-

mente á su casa, ya unos, ya otros iban en los días de fiesta, y allí se entretenían; entre éstos se hallaba el hijo del registrador, el cual, por encontrarse bastante atrasado en gramática italiana, se hacía corregir por separado las composiciones. Daba á unos lecciones de dibujo; prestaba á otros números del periódico profesional en que se había publicado algún diálogo ó alguna relación divertida; á los que lo deseaban, escribía cartas de felicitación para sus padres en el día del Santo de éstos. Pronto logró entre las familias algún predicamento. Muchos iban á darle gracias; alguno le envió como regalo verduras y frutas; en las tiendas, en los establecimientos de frutos coloniales, al verlo pasar lo llamaban, le ofrecían una copa, y con tal insistencia, que se veía precisado á aceptar. Estas demostraciones de simpatía le proporcionaban verdadero regocijo. De la trama que pudieran urdir contra él, ya no se acordaba siquiera. Ni se inquietó cuando cierto día vió, al tiempo de salir de su casa el hijo del registrador y cuando lo saludaba desde la ventana, al alcalde y al delegado medio escondidos detrás de una esquina inmediata como si estuviesen acechando.—Acaso crean—se dijo á sí mismo—que doy lecciones de pago para vender mi voto en el examen. No he de tomarme la molestia de disculparme. Si me acusan, hablaré.

RELÁMPAGOS

Pero desde aquel día el muchacho del registrador no volvió á los repasos; también alguno de los otros cesó de acudir. El maestro se afirmó más en sus sospechas. El delegado debía de haber insinuado á los padres que él aparentaba dar, gratuitamente y por favor, aquellos repasos con el propósito de pedir después algunas monedas á fines del año académico, cuando estuvieran «encima los exámenes». La cosa estaba

clara. Emilio no pedía explicaciones á los alumnos, para no dar ocasión á chismes y cuentos de vecindad; se reservó para preguntar, andando el tiempo, á las familias. Pero se percató de otra novedad que hubo de disgustarle: apareció entre algunos de sus discípulos mayores y más despejados de inteligencia un atrevimiento insólito, que le puso en el caso duro de castigar; y todavía después de haberlos castigado echaba de ver en todos ellos una sonrisita tenaz, que denunciaba un pensamiento secreto. Parecía que contra él se hubiese extendido algún rumor que había amenguado su respetabilidad, y era imposible que solamente se tratara del asunto de los repasos. De pronto imaginó que cualquier enemigo suyo de Altarana tal vez había escrito al pueblo alguna calumnia odiosa contra él para desacreditarlo. Pero comprendió lo absurdo de que hubiera esperado para vengarse dos años, y salió de aquel error. Pero después, advirtiendo en mayor número de alumnos aquel continente mismo de los primeros, haciéndose éstos más atrevidos cada vez, y viendo que también algunas personas del pueblo le miraban con un aire muy singular, entre curioso y burlón, apoderóse de su espíritu el temor de haber adquirido alguna cosa ridícula, ó en sus movimientos, ó en el modo de hablar; alguno de esos hábitos ó vicios nerviosos ó cerebrales que contraemos algunas veces, poco á poco, y sin que lo echemos de ver si quiera; llevó á cabo, pues, un detenido examen de su persona, estudiándose en el discutir, en el gesticular, y, en fin, hasta en el andar por la calle...; pero sin descubrir nada de nada. Quedó, por consiguiente, en una duda penosísima. Pero en medio de esta duda tenía una certidumbre: la de que fueran cuales fueran los motivos inmediatos de lo que sucedía, todo ello debía de tener su nacimiento y origen en el delegado. Un día resolvió irse á él directamente, decidido á provocar una explicación en la cual ambos pudiesen desahogarse y entenderse de una vez, ó declararse una guerra abierta y justificada.

Pero cuando llegó á la puerta del cuarto, la vista de aquella figura cadavérica, inmóvil allí, en el fondo del emparrado, en una silla que parecía la losa de

su sepulcro, le quitó la esperanza de que aquel paso sirviese para algo útil, y le impulsó á salir sin realizar su propósito. Se hubiese alegrado de preguntar al cura, pero estaba enfermo. Pensó en el señor Bruna; pero éste vivía fuera del pueblo, y no podía saber nada. Volvió entonces sus ojos al médico titular, que era, de ordinario, su vecino en el café; un joven de Novara, un buen chico, fuera de que se había empeñado, hacía ya un año, en que habían de representar el «Hamlet» en el teatro de Camina, para desempeñar el papel del desdichado príncipe de Dinamarca. Le detuvo un día en la calle y le preguntó con el acento de un amigo si sabía lo que aquello era, lo que se decía de él en el pueblo. El médico se ruborizó un poco y tardó en responder. Después, con alguna turbación, dijo:

—No sé realmente... me figuro... sospecho... ¿qué quiere usted? Este es un pueblo muy especial... Serán preocupaciones... Luego que también hay distintas maneras de ver... según los caracteres... Usted es demasiado bueno. Créame usted: la amabilidad no vale nada para gente tosca y ruda, que no la comprende, ó la toma al revés. Trate usted con más aspereza... hasta á los niños. En algunas ocasiones las autoridades creen que la indulgencia excesiva es debilidad.

Y sin decir más, dejóle plantado.

—¿Indulgencia?—pensó el maestro.—¿Debilidad? Se trata, pues, como siempre, del mismo reproche; «no tanto azúcar», ha dicho el alcalde. Pero ¿por qué me dicen todo esto entre dientes? ¿A qué asunto estos misterios? ¿Cómo es que los niños no se reían al principio?... ¡Ah! No, no; no puede ser esto solamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

TEMPESTAD Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Torturado por estas incertidumbres, Emilio Ratti se dirigió á la escuela al día siguiente con el firme propósito de descubrir la verdad de todas maneras. Llegó

con algunos minutos de retraso: halló la clase en desorden, y echó de ver que su llegada interrumpía acaloradas conversaciones. Le costó gran trabajo imponer silencio. Principió su lección, y la explicó hasta la mitad, advirtiéndole en los discípulos extraordinaria distracción y como una sonrisa general y permanente; sonrisa que desde los mayorcitos, en quienes era intencionada, iba perdiendo su expresión maliciosa hasta los más pequeños, que se sonreían sin saber por qué; por intuición.

En un punto determinado de la lección se puso á preguntar. Principió por el hijo del registrador.

Este se levantó, pero no supo responder. En su semblante altanero se retrataba una confusión mayor que la que solía mostrar cuando no acertaba á responder.

El maestro se acercó á su banco y le dijo:

—Ya lo ves; estás atrasado. Necesitas estudiar mejor estas reglas. ¿Por qué no has vuelto á venir á los repasos?

El niño bajó la vista sin contestar.

—¿Te lo han prohibido?—preguntó el maestro.

El niño siguió sin responder.

—¿O es que tú no has tenido gana de venir?

Instintivamente el alumno indicó un *no* resuelto, moviendo la cabeza.

—¿No? ¿Verdad?—repitió Ratti.—Efectivamente, no era posible que estuvieras disgustado de tu maestro; no puedes decir que yo te haya hecho sino bien desde el primer día en que viniste á la escuela. ¿Tú no has dejado de quererme? ¿No es cierto?

Al oír estas palabras, el muchacho rompió á llorar, poniéndose una mano en los ojos y tornando á mover negativamente la cabeza como antes.

—Eso me basta—dijo el maestro.

Y tomándole la cabeza con ambas manos, le dió un beso en la frente.

Todos los mayores soltaron una carcajada.

El maestro sintió una herida en el corazón, y se le transformó el rostro.

—¿Por qué os habéis reído?—preguntó.

No contestó ninguno, aunque todos cesaron en su risa.

—¡Tú!—gritó Emilio dirigiéndose al mayor de todos.—¿Por qué te has reído? ¿Qué has pensado? ¿Qué piensas? ¿Qué cosas has oído decir de mí?

La cara del maestro estaba realmente trastornada y pálida; el muchacho parecía atemorizado, pero calló.

El maestro permaneció un minuto silencioso; después gritó:

—Ha concluido la lección... Salid.

Todos salieron muy callados. Emilio tomó su sombrero, cerró la escuela y corrió en derecha á las casas consistoriales.

El ordenanza, que estaba en la puerta, le dijo que el alcalde estaba allí. El maestro entró en la oficina sin pedir permiso, jadeando. Halló al alcalde sentado á la mesa y escribiendo, y próximo á él, de pie, con el gorriño en la cabeza y un registro debajo del brazo, el delegado concejal, que volvió sus anteojos hacia el recién llegado.

El alcalde levantó la cabeza con cierto aire interrogatorio, como si aquella visita intempestiva le causase más disgusto que extrañeza.

El maestro comenzó inmediatamente su discurso con la voz ligeramente alterada:

—He venido, señor alcalde, con su permiso, y dispéñeme lo inoportuno de la hora, á solicitar una explicación... Creo que usted no tendrá inconveniente en explicarme... Para abreviar: hay algo en la atmósfera en perjuicio mío; todo ha cambiado en mi rededor... Y usted debe de saberlo... Yo cumplo mis obligaciones á conciencia; las he cumplido siempre... á conciencia y de todo corazón. Pero hay alguien que trabaja contra mí bajo mano... Mis alumnos, que me han respetado siempre, no son ya los de antes... ¿Qué es lo que se me ocha en cara? ¿En qué he faltado? Hay aquí algún error, ó hay una calumnia. Tengo derecho á saberlo para defenderme. De caballero á caballero, hábleme usted; estoy aquí para responder á todo.

El alcalde parecía un poco turbado; pero á tal solitud no era posible evadirse.

Rascóse la frente con su manaza nudosa, y respondió, mirando al pecho del maestro:

—No hay calumnias... cálmese usted. Solamente... ya

se lo he dicho más de una vez. Queremos más severidad con los estudiantes; mas ¿qué digo? Usted exagera la blandura. He ahí mi idea. Por lo que á mí respecta, no hablaré más. Pero, en fin...

—«Pero, en fin»—respondió el maestro más sobreexcitado;—es imposible que aquí no haya otra cosa. Yo enseño, educo según lo que mi corazón y mi conciencia me dictan. Es bien que se atienda al resultado. Mi clase siempre ha sido ordenada. Apelo al testimonio de todo el pueblo. Si aquí no hubiera más que la bondad excesiva, mis discípulos no me habrían perdido el respeto. Hay otra cosa; hay una calumnia. Dígala usted.

El alcalde encogió los hombros, como un hombre aburrido que ninguna participación tuviese en el asunto de que se trataba, y se volvió hacia el delegado con un gesto de impaciencia, como para decirle que á él correspondía salir de aquello.

—Sí, señor alcalde, hay aquí algún malvado que nos desacredita.

Y al decirlo, clavó sus ojos en el delegado. Este, herido al fin en lo vivo, volvió hacia el maestro su faz lívida y le dijo iracundo y balbuciente, como quien pronuncia la palabra que lo explica todo:

—Uus... uusted... a... aca... acaricia... dema... dema... demasiado á... á... los ni... niños.

—¿Qué quiere usted decir?...—preguntó el maestro poniéndose pálido como un muerto.

—Ya me ha entendido usted—respondió el delegado.

El maestro paró un instante como petrificado; después descargó sobre la cara del delegado una vigorosa bofetada, que lanzó por el aire el gorro, las antiparras y el registro, haciéndole dar con la otra mejilla sobre el almanaque clavado, y le gritó al oído:

—Toma, ¡calumniador, indecente, bellaco!

El alcalde se lanzó contra el maestro, pero tropezó con el delegado, á quien derribó á tierra; y mientras se inclinaba para levantarle, Emilio Ratti desapareció.

POST HOC

El ordenanza, los concejales, los carabineros, el juez, el cura, los padres de los alumnos, los corresponsales anónimos de los diarios, medio mundo se puso en movimiento con lo acaecido; parecía que el maestro había de ir á parar á un presidio. Pero al cabo terminó todo como función de fuegos artificiales. El semblante, la voz ahogada por la indignación con que el joven refirió todo lo acontecido en presencia del Provisor y del Gobernador de Turín, habrían bastado á convencerles de su honradez; reconocida ésta, la provocación resultaba tan abominablemente grave, que casi justificaba la agresión. A mayor abundamiento, el inspector enviado á Camina encontró tal unanimidad de testimonios en favor del maestro, aún aquellos que por maldad ó por diversión habían fingido dar crédito á la calumnia, que el mismo delegado, en vista del derecho evidéntísimo que tendría el maestro para llevarlo á los Tribunales por difamación, renunció prudentemente á pedir indemnización de daños y perjuicios por sus gafas rotas. Esto no obstante, como no era posible que el joven continuase en el pueblo, y no habiendo ya tiempo bastante para procurarse otra plaza en el próximo curso, Emilio se hubiera quedado en medio de la calle ó á cargo de la familia Goli, lo cual le parecía peor aún, si en parte la casualidad, en parte el provisor Megari, no le hubiesen procurado una plácita provisional en el ayuntamiento de Bossolano, cuyo maestro de 1.^a, que había tenido una herencia inesperada, escapó como un rayo, sin detenerse ni aún para saludar el campanario de la iglesia. Lo sucedido en Camina había herido á Ratti en la fibra más delicada de su corazón; sentía como envenenado el manantial mismo de su bondad de hombre y de su pasión de maestro; parecióle que no podría ser

nunca el que antes había sido; que una repugnancia invencible apartaría siempre su mano de la caricia y sus palabras del afecto. En tan doloroso estado de ánimo permaneció mucho tiempo. La sola cosa que le proporcionó algún consuelo en tanta tristeza, fué el recuerdo de un rasgo cariñoso y cómico al mismo tiempo, del guarda rural; éste, en la mañana misma del acontecimiento, al volver á su casa ya informado de todo y comprendiendo que el maestro debía de estar abrumado por el disgusto, para que viese que él no creía en nada, había tenido la noble idea de hacer que su hijo le dijese á través del ojo de la llave:

—Buenos días, señor maestro; alégrese usted.

Y después había agregado en voz alta:

—El delegado tiene cincuenta y nueve años; ayer fué día 15; el bofetón es el número 81; jugaré una peseta á terno seco.

BOSSOLANO

EN LA BOTICA

Como estaba resuelto á presentarse, en el año venidero, á concurso para una plaza de Turin, y casi consideraba como concluida su peregrinación de maestro rural, Emilio se presentó á fines de Septiembre en Bossolano, con gran indiferencia, no estimulado siquiera por aquella curiosidad de las impresiones primeras de sitio y de personas con que había llegado á los cuatro pueblos anteriores. Y sin embargo, acaso era éste, por todos conceptos, el más curioso de cuantos pueblos hubo conocido, y el joven habría entrado en él con alegría, si hubiera sabido de antemano qué compañía y qué género de vida le esperaban.

El pueblo, situado en medio de una gran llanura abierta, estaba formado casi todo por una plaza muy espaciosa, de forma rectangular, en la que, dirigiendo una mirada alrededor, se encontraba todo: la iglesia, la fonda principal, la tienda de comestibles, la oficina del recaudador de contribuciones, el juzgado municipal, el «café de la Amistad», las Casas Consistoriales, con su cartel de letras enormes, en que se leía: «Escuela de niños», y el cuartelillo de los carabineros, que tenía casi siempre, como distintivo, dos cinturones recién barnizados, que colgaban de la ventana. Parecía que todas las instituciones y todas las autoridades se habían arreglado de aquel modo para vigilarse mutuamente. En medio de la plaza había un lavadero público, defendido del sol por un cobertizo. Por los la-